

Una arriesgada posteridad. El riesgo como estrategia filosófica en Jacques Derrida y Jean-Luc Nancy

Hazard to come: Risk as a Philosophical strategy in the works of Jacques Derrida and Jean-Luc Nancy

SANTIAGO CANEDA LOWRY*

Resumen: El propósito de este artículo es examinar el motivo del riesgo como estrategia filosófica en la obra de Jacques Derrida y Jean-Luc Nancy, partiendo de las críticas que el primero plantea al segundo en *El tocar, Jean-Luc Nancy (Le toucher, Jean-Luc Nancy, Galilée, 2000)*. En esta obra, Derrida, al tiempo que deconstruye la fenomenología del tacto en la historia de la filosofía, indaga en las posibles debilidades del motivo del tacto, como concepto y también como sentido, en la obra de Nancy. Una de las críticas que más reitera se refiere, precisamente, al riesgo de este concepto de caer en una reapropiación metafísica, que volvería a inscribirlo en la ontología de la presencia que guiaba la fenomenología precedente. Aquí hemos revisitado la obra derridiana rastreando el motivo del riesgo, que hemos encontrado desde sus primeras obras, y que resultaría crucial para la estrategia deconstructiva. Sobre todo, éste permite mantener abierta la tensión de las aporías, con lo que contribuiría a sostener el tiempo diferido en el que se juega la indecidibilidad de ciertos conceptos (como el don, por ejemplo). Esta complicidad del riesgo con la teoría viene dada, además, por su imposibilidad de presentarse o de someterse al cálculo, en lo que coincide también con varios conceptos deconstructivos. Por último, también damos protagonismo a la relación per-

Abstract: The aim of this paper is to examine risk as a philosophical strategy in the works of Jacques Derrida and Jean-Luc Nancy, starting from the criticism that Derrida submits to the use of Touch in Nancy's works, contained in one of Derrida's latest books, *On touching, Jean-Luc Nancy* (Stanford University Press, 2005). In this work Derrida deconstructs Phenomenology of touch throughout Philosophy, but at the same time highlights what possible weaknesses may bear touch as a concept and as a sense. This weakness of touch comes from its risky chance of being reappropriated by the Metaphysical discourse that would define it on the basis of an Ontology of Presence. Derrida points that Nancy risks himself with its confidence on Touch, the concept and the sense, and because of this it may return all the work under the claim of the Metaphysical tradition in Philosophy. But, since Derrida criticises Nancy and claims that he is a gambler, a risky gambler, we made a quick review of Derrida's previous works, to find if this risk metaphor has something to do with deconstruction. We found that even grammatology risks not being born at all, nor as a science or as a project, because of the risks involved in working with words of Metaphysics. Many appearances of risk can be found in Derrida's works, and most, if not all of them,

Recibido: 14/07/2016. Aceptado: 18/09/2016.

* Doctorando en Filosofía por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (España), con la tesis *Derivas de la deconstrucción*, dedicada al pensamiento de Jacques Derrida, su recepción y sus transformaciones. Miembro del seminario de investigación permanente DECONTRA. Escribe regularmente en algunos medios digitales, sus publicaciones académicas recientes versan sobre estética y fenomenología del cuerpo y los inicios de la deconstrucción en la obra temprana de Derrida. También autor de *Reunión* (2013). Contacto: santicaneda@gmail.com.

sonal de Derrida con su obra, cuyas formulaciones suelen recoger el motivo del riesgo. De esta forma el riesgo como motivo estratégico se muestra, más que como una crítica, como una posible prueba de la rigurosidad deconstructiva de la obra de ambos autores, cuya posible integración –pero nunca sintetización– podría comprenderse a través del motivo del riesgo.

Palabras clave: Deconstrucción, Derrida, Nancy, Fenomenología, Riesgo.

have some duty to do with the philosophical strategies or tactics that Deconstruction puts to work, to maintain the undecidability of aporias. This is something that Derrida claims even for the biographical relations to his own works. So, starting from this point of view, risk may not be some cheap critic to a deconstructive discourse, but mostly a different way of integrate, without synthesizing, the works of Derrida and Nancy.

Key words: Deconstruction, Phenomenology, Derrida, Nancy, Risk.

Escribimos ya desde los márgenes, márgenes de la filosofía, del cuerpo, ¿no es la piel «el» margen mismo? Pero no, no «la» piel, porque no hay «el» margen, porque un cuerpo está hecho de márgenes. Experimentando esta pluralidad, ¿no nos habrá enseñado el cuerpo, incluso con un «*hoc est enim corpus meum*», lo que es un límite? Siempre hay que decir lo que «es». Presente del indicativo, eso ha querido ser el tacto para saber lo que «es» y lo que «está». Lo que está aquí fundamentalmente, aquí y ahora. Certeza parece ser el otro nombre del sentido del tacto (y del tacto como sentido). Sin embargo, ¿dónde está el tacto? ¿Cómo es el estar-localizado del tacto, de la misma forma en que lo está la vista con respecto al ojo? La mano reclama protagonismo, el dedo índice trata de cumplir con su nombre y, sin embargo, ¿por qué su uso del tacto siempre ha sido considerado como más legítimo, en comparación con el tacto de la nariz o de la lengua? ¿Acaso el goce, la zonificación erógena de las pieles y de los cuerpos no sublevan la hegemonía manual del tacto? ¿No toca la lengua para conocer y conceder el gusto? Admitamos la piel entera, incluso el tacto de los cabellos, también las «terminaciones nerviosas». ¿Cómo puede, entonces, lo que nos da el aquí-ahora no estar localizado en un aquí y un ahora? El tacto no es una cosa clara.

Esa claridad negada, o esa certeza indecible, es el punto de partida y el objetivo que dice fijarse Derrida al escribir *El tocar, Jean-Luc Nancy*. Escribe el que pretende que sea su libro sobre el tacto, como una larga dedicatoria a su amigo Nancy, alguien que, para Derrida, es «el más grande pensador del tacto»¹. Es mucho lo que se juega en el tocar y en Nancy, en el tocar a Nancy. Aquí hemos intentado recoger los puntos críticos de esta obra, para apuntar las claves de un debate por venir entre las obras en deconstrucción de Derrida y Nancy, hacia esa arriesgada posteridad que parece esbozarse en sus obras. Una arriesgada posteridad, que aquí proponemos como una posible definición de la «táctica» filosófica que encontramos en las obras de ambos, y que se caracteriza por una apuesta por el uso del riesgo en sus proposiciones, en un alegato por la ambivalencia indecible del riesgo que sea capaz de mantener abierta la tensión de una aporía. Un riesgo conocido, al que se le han imaginado soluciones² y subversiones, tachando palabras o sometiénolas a una inevitable e intermina-

1 Derrida, J.: *El tocar, Jean-Luc Nancy*. Trad. cast. de Irene Agoff. Buenos Aires, Amorrortu, 2011, p. 23.

2 No quiero dejar de señalar mi incomodidad con la palabra «soluciones». No creo que sea adecuada para denominar lo que se encuentra en las obras de Derrida y Nancy (Cf., Derrida sobre las «soluciones» a las aporías: «Cuando alguien nos propone una solución para salir del atolladero, podemos estar casi seguros de que ya está empezando a no comprender nada, suponiendo que hasta entonces lo haya hecho», en Derrida, J.: *Aporías*.

ble labor de paleonimia. Todo apunta a que el riesgo asumido por Nancy con *su* tocar tiene que ver con el riesgo mismo de la filosofía en su intento por evitar la reapropiación bajo el discurso de la metafísica, algo que, siguiendo a Derrida, solo podría evitarse manteniendo la tensión de la aporía, en el umbral de la decisión a la que nos conmina. *El tocar...* indaga en la aporía del tacto en la historia de la filosofía, al tiempo que pone a prueba el uso del tocar en Nancy, su capacidad para mantener abierta e indecible la cuestión del tacto, sin caer en una ontología de la presencia. Un tocar que no cabría ya calificar como nuevo o viejo, una palabra no neutralizada pero sí desnaturalizada; esa es la arriesgada apuesta que Derrida *localiza* en el tocar en Jean-Luc Nancy.

Pero Nancy parece jugar con una baraja marcada, le ha tocado una mala mano y él, sin embargo, apostador empedernido, quiere jugarse la mano con un tocar irresistiblemente aporético. Derrida dirá de su amigo que es un apostador³, que se la juega con ese tocar ya manoseado, un tocar que, como el logos, «*nous fait signe de la main*», al mismo tiempo nos saluda y nos hace, a nosotros los humanos, signos de ese logos⁴. Entonces, ¿cómo puede arriesgarse Nancy a ese gesto, buscando un tocar que ya no toque como siempre, un tocar que haga partición, *partage* del tacto y tacto como *partage*⁵, con una palabra como «tocar», tan marcada, tan violenta a veces en su manifestación? ¿Cómo puede Nancy no tachar el ~~tocar~~? ¿Se trata acaso del mismo tacto que Aristóteles conceptualizaba como capaz de tocar también en lo intangible? «No me toques, no de esa manera, tócame sin tocarme con un tacto imposible», así debería ser el tocar según Derrida, puesto que «jamás se toca otra cosa que un límite, tocar es tocar un límite, una superficie, un borde»⁶. Don del tocar, o tal vez

Morir –esperarse (en) los «límites de la verdad». Trad. cast. de Cristina de Peretti. Barcelona, Paidós, 1998 p. 61). Una parte de los lectores han orientado este enfoque «solucionista». Bernard Stiegler, por ejemplo, insiste repetidamente en este *solucionismo*, parafraseando la ya desgastada tesis once sobre Feuerbach, aludiendo siempre a un presente que conmina a la urgencia –algo en lo que cae también Žižek en la justificación de sus críticas a la deconstrucción–, significando ésta una especie de «permiso» para superar o solucionar las aporías que plantea (Cf., en una de sus últimas obras traducidas al castellano: «[N]o es suficiente deconstruir la metafísica: hace falta combatir esta ideología y comprometer una nueva crítica de la economía política»; en Stiegler, B.: *Lo que hace que la vida merezca la pena de ser vivida. De la farmacología*. Trad. cast. de Nadia Cortés. Madrid, Avarigani, 2015, p. 98). He preferido «soluciones» para mantener abierta esta problemática diferencia de lectura en deconstrucción.

- 3 Además de su insistencia en la apuesta, que cobrará más importancia a medida que avancemos en la cuestión del riesgo, no es ésta la única ocasión en la que Derrida considera la «valentía» de Nancy. En *Canallas*, por ejemplo, habla de su «coraje» y «agallas»; o en el «Diálogo entre Jacques Derrida y Jean-Luc Nancy», donde vuelve a destacar su valentía y remite su tarea, su enfrentamiento a las «grandes» palabras (como libertad, comunidad...), como un tratamiento «postdeconstructivo» (Cf.: Derrida, J.: *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*. Trad. cast. de Cristina de Peretti. Madrid, Trotta, 2005, p. 63; Derrida, J. y Nancy, J.-L.: «Diálogo entre Jacques Derrida y Jean-Luc Nancy». Trad. cast. de Cristina de Peretti. En *Anthropos* (Barcelona) n° 205 (Monográfico sobre Jean-Luc Nancy), 2005, p. 29).
- 4 Extraemos toda esta cuestión de la mano como signo del logos de «La main de Heidegger (Geschlecht II)», en Derrida, J.: *Psyché. Inventiones de l'autre II*. París, Galilée, 2003, pp. 35-68.
- 5 Elegimos mantener *partage* en francés puesto que el castellano no permite volcar su «doble valor de división o partición, y de reparto, distribución y comunicación» (Cf. Nancy, J.-L.: *La partición de las voces*. Trad. cast. de Cristina Rodríguez Marciel y Jordi Massó. Madrid, Avarigani, 2013, pp. 7 y ss.).
- 6 Derrida, J.: *El tocar, Jean-Luc Nancy*, ed. cit., p. 157.

moneda falsa que Nancy no había contado entre su calderilla⁷, que aparece en toda su obra y que Derrida recoge en índices al final de sus libros, índices que son más *destin-ite-rrantes* que analíticos⁸. Riesgo, como Derrida señala, de centrarse y hacer central un único sentido⁹, paleonimia caprichosa pero inevitable. Derrida confiesa este riesgo y advierte sobre él en un prefacio que, esta vez, no está fuera-del-libro: «Confesar el riesgo aceptado, asumirlo sin vergüenza, no basta ciertamente para limitarlo»¹⁰. Paleonimia entonces, como una de las formas de lidiar con ese riesgo, guiada por una pregunta que se repite a lo largo de la obra de Derrida, pero que nosotros, que muchas veces nos hemos confiado también a algún índice de incidencias del riesgo en su obra, elegimos rescatar de cierto fuera-de-libro que, por supuesto, no está fuera-del-texto: «¿Por qué conservar, durante un tiempo determinado, un nombre antiguo? ¿Por qué amortiguar con la memoria los efectos de un sentido, de un concepto o de un objeto nuevos?»¹¹. Hipérbole del riesgo, ésta en la que nos hemos embarcado: arriesgar algunas palabras sobre los riesgos de algunas palabras escritas –suponemos– con cierta inocencia, la de alguien que supuestamente toca y habla de tocar sin saberlo. ¿Será arriesgado arriesgar el riesgo? Riesgo del don y don del riesgo, en cuanto se lo calcula, deja de serlo¹², pero hay que tocar en él para que, al menos, reste la advertencia.

Sigamos amontonando estos riesgos, estos riscos, ya que Derrida insiste en el riesgo del riesgo y el riesgo de saber (el riesgo). Abre y cierra su libro hablando del riesgo, amontonando advertencias. Esto escribe antes de saludar sin salvación a su amigo, antes de «cerrar» el libro: «El riesgo más grande se corre en el momento mismo en el cual hay que intentar *saber*. ¿Qué? No qué, sino quién. No de qué se habla, sino primero a quién se le dice “y yo, y tú”. No confiar nunca en la lengua para eso...»¹³. Nos preguntábamos si será arriesgado arriesgar el riesgo, ¿no sería etimológicamente decepcionante que la palabra «riesgo» fuese segura? En castellano es arriesgado arriesgarse en el riesgo, puesto que no tiene un origen ni un recorrido claro. Coromines declaró que se trataba de un caso oscuro, cuyo origen es incierto¹⁴. A pesar de ello, rechaza un origen griego, francés o árabe (*rhizikon*, *risquer* y

7 «Trascendentalizando u ontologizando todo lo que equivale a “el tocar”, [Nancy] derrocha como un loco, hasta la ruina, los recursos, el crédito, el capital y los intereses de lo trascendental-ontológico. Lo reduce, me parece, a simulacros monetarios» (Derrida, J.: *op. cit.*, p. 384).

8 *Op. cit.*, p. 377.

9 *Op. cit.*, p. 16.

10 *Op. cit.*, p. 17.

11 Derrida, J.: *La diseminación*. Trad. cast. de José María Arancibia. Madrid, Fundamentos, 2007, p. 7.

12 El riesgo lo invade ya todo, me arriesgo aquí a perderme en un cruce de referencias que habrá que desarrollar en otro momento. Baste, por ahora, destacar una cadencia temática del don im-posible: «En cuanto se delimita, el don es víctima del cálculo y de la medida, del dominio y de la métrica, de la salvaguarda del control y de la *reapropiación* subjetivante. El don debería, *si lo hay*, desbordar el borde, ciertamente, hacia la desmesura y el exceso; pero también debería suprimir su relación transgresora con la línea o con el borde» (Derrida, J.: *Dar (el tiempo)*. Trad. cast., C. de Peretti. Barcelona, Paidós, 1994, p. 93).

13 Derrida, J.: *El tocar*, Jean-Luc Nancy, ed. cit., p. 435.

14 Esta incertidumbre la recogen tanto su diccionario etimológico completo, como su edición abreviada (Cf., Coromines, J. y Pascual, J. A.: *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. Tomo V*. Madrid, Gredos, 2001 voz “Riesgo”, pp. 13-18; también, Coromines, J.: *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid, Gredos, 2008, voz “Riesgo”, p. 481).

*rizq*¹⁵). De las seis largas páginas que Coromines dedica a «riesgo», solo refiere con certeza y *seguridad* el hermanamiento de la palabra entre el castellano y el catalán, considerando como posibilidad más *segura* una procedencia basada en «*resecare*» (cortar, pero también dividir, sembrar discordia). Finalmente, y de manera accesoria: «es probable que tengan el mismo origen que el cast. *risco* ‘peñasco escarpado’, antiguamente *riesco*, por el peligro que corre el que transita por estos lugares o el navegante que se acerca a un escollo»¹⁶. Sorprende que Coromines apenas considere el uso de esta palabra en gallego, donde cita *arriscarse* pero no *risco*, que deriva al portugués y que obvia, por tanto, la homofonía que recoge el gallego, en la que al mismo tiempo se dice el *risco* escarpado y el *riesgo*. No podemos extendernos más en sus razones, para Coromines la incertidumbre viene marcada por la imposibilidad de explicar el cambio de «ri-» a «rie-», y esa decisión evita ya otras contaminaciones.

Parece que la etimología no nos ha decepcionado. En «riesgo» tenemos don, corte, rasgadura, riscos, peligros al navegar entre escollos. Imposible decidir *qué* «es» el riesgo, puesto que el riesgo se escapa al presente del indicativo. Un riesgo nunca «es», pues en el momento en que «es», deja de ser un riesgo, puede que ya hayamos confirmado el peligro o convertido los riesgos en un cálculo. Un riesgo no puede *presentarse*, es una forma más del por-venir, que «solo puede anticiparse bajo la forma del peligro absoluto»¹⁷.

El motivo del riesgo, y el riesgo como motivo de la filosofía, tienen una importancia destacada en la obra de Derrida, no solo en *El tocar...* El riesgo acecha a la gramatología¹⁸, ya que debe lidiar con las nociones y las palabras de la época que pretende clausurar. Ese riesgo es irrenunciable, no podemos evitar esas palabras porque son las que trabajan las deconstrucciones. Peligro absoluto que demanda lo único que parece poder convivir con el riesgo, el rigor. Así describe Derrida la inestabilidad de lo que aquí proponemos denominar como habitabilidad de/en la clausura de la metafísica:

En el interior de la clausura, a través de un movimiento oblicuo y siempre peligroso, corriendo el permanente riesgo de volver a caer más acá de aquello que deconstruye, es preciso rodear los conceptos críticos con un discurso prudente y minucioso. [Es preciso] marcar las condiciones, el medio y los límites de su eficacia, designar rigurosamente su pertenencia a la máquina que ellos permiten deconstituir; y simultáneamente la *falla* a través de la cual se entrevé, aún innominable, el resplandor más allá de la clausura.¹⁹

Antes de citar extensamente otra página fuera-del-libro-dentro-del-texto, intentemos situar esta *entrevisión*, ¿cómo escribir sobre el por-venir y sus riesgos sin convertirlo en un

15 La raíz más interesante resulta ser esta última, que en árabe puede ser *ración*, don inesperado o albur favorable, también un don dado por dios al hombre que debe aceptarse como viene (Cf., Epalza, M.: “Nota sobre la etimología árabe-islámica de ‘Riesgo’” en *Sharq Al-Andalus: Estudios Mudéjares y Moriscos* (Alicante) nº6, 1989, pp. 185-192).

16 Coromines, J. y Pascual, J. A.: *Diccionario crítico etimológico castellano*. Tomo V. Ed. cit., p. 13.

17 Derrida, J.: *De la gramatología*. Trad. cast. de Óscar del Barco. México D. F., Siglo XXI, 2012, p. 10.

18 Ya que «corre el riesgo de no nacer nunca como tal y con ese nombre. De no poder definir nunca la unidad de su proyecto y de su objeto. De no poder escribir el discurso de su método ni describir los límites de su campo» (*Op. cit.*, p. 9).

19 *Op. cit.*, p. 20. Énfasis agregado, trad. modificada.

cálculo previsible? ¿Acaso no se comprende así la arriesgada oblicuidad de ese movimiento, tocando en la palabra sin tocar demasiado? ¿No hemos aprendido algo sobre el por-venir sin decir nada *de él*, sin convertirlo en un destino calculado? Citemos ahora otro fragmento en el que el riesgo adquiere una importancia determinante:

Existirá siempre un riesgo, ciertamente, al hacer trabajar [...] los antiguos nombres: el de una instalación en, incluso una regresión a, el sistema deconstruido o en curso de deconstrucción. Y negar ese riesgo sería ya confirmarlo: tener al significante —en este caso al nombre— por una circunstancia convencional del concepto y por una concesión sin efecto específico. Sería afirmar la autonomía del sentido, la pureza ideal de una historia teórica y abstracta del concepto. Y, a la inversa, pretender desembarazarse inmediatamente de las señales anteriores y pasar, por decreto, con un simple gesto, al exterior de las oposiciones clásicas es, aparte del riesgo de una interminable «teología negativa», olvidar que tales oposiciones no constituían un sistema *dado*, una especie de índice anhistórico y radicalmente homogéneo, sino un espacio disimétrico y jerarquizante, atravesado por fuerzas y trabajando en su cerca por el exterior que rechaza: expulsa y, lo que viene a ser lo mismo, interioriza como uno de *sus* momentos. Por eso la deconstrucción implica una fase indispensable de *derribo*. Quedarse en el derribo es operar, ciertamente, dentro de la inmanencia del sistema a destruir. Pero atenerse, para ir *más lejos*, ser más radical o más audaz, a una actitud de indiferencia neutralizante respecto a las oposiciones clásicas, sería dar curso libre a las fuerzas que dominan efectiva e históricamente el campo. Sería, a falta de haberse apoderado de los medios para *intervenir* en él, confirmar el equilibrio establecido.²⁰

Extraemos de esta cita una aporía que probablemente no podremos responder: ¿cómo enunciar, simultáneamente, que el riesgo es indecible, indómito, y que, en este caso, Derrida conoce los riesgos a los que se expone, en su obra, Nancy? ¿Cómo describir un conocimiento capaz de asimilar la simultaneidad de estos enunciados? Habrá que esperar para saber lo que significa «conocer» una vez que hemos asumido el riesgo de esa simultaneidad. Sin embargo, rescatamos cierta claridad de esa aporía si situamos el riesgo en su inevitable asociación con la responsabilidad. Acusar un riesgo es reclamar la responsabilidad del mismo, y Derrida duda sobre estos riesgos, *como si* no pudiese comprender que Nancy se hubiese expuesto al riesgo de tocar, a sabiendas o no del riesgo de su reapropiación. La responsabilidad se jugaría en ese conocimiento previo, *a sabiendas o no*, de lo arriesgado de una palabra que parecería imposible de arrancar al vocabulario de la metafísica. Pero, ¿cómo es posible arriesgarse, más que a sabiendas? ¿No muestra Derrida de forma suficientemente clara y honesta que se arriesga a sabiendas con la gramatología?

Parece que podríamos jugárnoslo todo a intentar comprender que no habría riesgo sin tanteo, pero que esa previsión sería por definición incapaz de convertirse en un «cálculo de riesgos». ¿Qué riesgo es, pues, el que preocupa a Derrida, el riesgo de reapropiación, que él sabe sin saberlo o como si pudiese (no) saberlo; o el riesgo de la irresponsabilidad? Riesgos de riesgos, ¿no es esto de lo que se acusa generalmente a las deconstrucciones? El riesgo se

²⁰ Derrida, J.: *La diseminación*, ed. cit., pp. 10-11. Trad. modificada.

mostraría quizás como un motivo general de la filosofía a partir del planteamiento de la destrucción de la metafísica²¹, un riesgo que se acusa como inútil o impropio, que parece indicar que la filosofía debería entregarse siempre a la urgencia de lo «presente». Todo parecería desarrollarse en una cadena de conceptos que van desde la responsabilidad hasta la experiencia, en los que el riesgo reintroduciría una interrupción que debería mantenerse diferida. Todo tanteo es arriesgado, pero la pluralidad diseminante del riesgo y del tanteo nos retendría en una reflexión agotadora. Retengamos al menos dos momentos de su posible encadenamiento:

- El riesgo como tanteo, en el sentido de un toque que sabe que no puede tocar, no demasiado. El riesgo sería la forma límite del intento conceptual. Debe restar como tanteo, siempre como el tanteo de un bastón de ciego, prótesis que se agarra a otra prótesis. Si no tantea el riesgo de su propio riesgo, si trata de reducir los riesgos, entonces ya no es necesario un tanteo, ya no estamos en el campo del riesgo.
- El tanteo como riesgo, en el sentido del riesgo de querer tocar, el riesgo mismo del tocar y volver a caer en la reapropiación, la del otro y la del propio concepto; riesgo de caer en el toque apropiador. El tanteo tocaría «como quien no quiere la cosa» (precisamente porque rompe con la equivalencia del tocar como representación del conocimiento como certitud, toca desapropiando incluso la voluntad, incluso la voluntad de representar la voluntad como solipsismo²²). El riesgo sería tocar demasiado, tocar más allá de lo tangible, ese toque siempre identifica al otro con el uno. Dos riesgos, pues, en el tocar, que se presentan como uno solo. Sin embargo, desgranando los riesgos del tocar diseminamos el tacto, desestabilizamos su validez como certeza fenomenológica. Así, encontramos en los cuerpos la posibilidad de un toque como *partage*; una posibilidad de lo imposible, al límite:

Mantenerse en el lugar de lo imposible equivale a mantenerse allí donde el hombre se mantiene en su límite; el de su violencia y su muerte: en ese límite se derrumba o se expone, y de una manera o de otra se pierde necesariamente. Por eso ese lugar no puede ser más que un *lugar de vértigo* [Agrego el énfasis a esta expresión. ¿No se unen aquí más que nunca los motivos de la experiencia del riesgo y del riesgo? ¿No *da* (el) vértigo también, por ejemplo, la situación del don, la experiencia de seguir la situación imposible del don en *Dar (el) tiempo?*] o de *escándalo, el lugar de lo intolerable al mismo tiempo que de lo imposible*. Esa violenta paradoja no se puede disolver, es el lugar de una separación tan íntima como irreductible «No me toques».²³

21 Un motivo, el de la destrucción antes que deconstrucción, que no podemos desarrollar en profundidad. Remito, para un recorrido breve tanto del motivo destructivo como, posteriormente, deconstructivo a: Aubenque, P.: ¿Hay que deconstruir la metafísica? Trad. cast. de Jesús Ayuso. Madrid, Encuentro, 2012.

22 Al contrario que la mano de Husserl, que toca (como) queriendo la cosa (Cf., Husserl, E.: *Ideas relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica*. Libro segundo, Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución. Trad. cast. de Antonio Zirión. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 189-190. Derrida comenta extensamente el fragmento que referimos en *El tocar*, Jean-Luc Nancy, ed. cit., pp. 253-254).

23 Nancy, J.-L.: *Noli me tangere. Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo*. Trad. cast. de María Tabuyo y Agustín Gómez. Madrid, Trotta, 2006, p. 84. Énfasis y corchetes añadidos.

Cita limítrofe de Nancy, que extraemos de *Noli me tangere*, y que marcaría el límite escrito del debate entre él y Derrida. Frente al grueso y complejo volumen de Derrida, Nancy «respondería» con un pequeño ensayo «sobre el levantamiento del cuerpo». Frente a un cuerpo apresado en el riesgo de caer en un haptocentrismo falogocéntrico, que Derrida advierte en el intento desesperado de Nancy por aferrarse al tocar, un cuerpo que clama por mantenerse en un tiempo diferido, que remite el toque, el tanteo, al tiempo que le sería más propio: el del retraso de la decisión, del toque que toca queriendo no tocar, no se decide a tocar, ¿no es el instante de la decisión, el de la locura? ¿Cuál sería ahora el riesgo? ¿No lo sería acaso el hecho mismo de proponer una «haptología» que suspendiese lo que se considera un esquema de certeza científica en el corazón de la fenomenología del tacto? ¿Cómo va a ser posible un tocar (en) diferido, si el tacto «es» la presencia? Pese a ser un ensayo, o un tanteo, sobre las representaciones de una escena de la pasión, Nancy no duda en jugar la carta fenomenológica:

¿[Q]ué es la vista sino, *sin duda*, un tocar diferido? Pero, ¿qué es un tocar diferido sino un tocar que aguza o que destila sin reserva, hasta un exceso necesario, el punto, la punta y el instante por el que el toque se separa de lo que toca en el momento mismo en el que lo toca? Sin esa separación, sin ese retroceso o esa *retirada*²⁴, el toque no sería ya lo que es y no haría ya lo que hace (o bien *no se dejaría hacer lo que se deja hacer*²⁵). Comenzaría a cosificarse en una aprehensión, en una adhesión, una unión, incluso en una aglutinación que lo agarraría en la cosa y a la cosa en él, emparejándolos y apropiándolos uno al otro y después al uno en el otro. Habría identificación, fijación, propiedad, inmovilidad. [...] «Tócame con un toque verdadero, no apropiador y no idenficante». Acaríciame, no me toques.²⁶

Supongamos que esta cita habla como quien no quiere la cosa, como quien habla como quien no quiere la cosa sobre la forma de escribir sobre algo que la escritura solo puede situar como «entrevisible» a través de una falla. ¿No ilustra este «prohibido (no) tocar» eso que hemos denominado como habitabilidad de/en la clausura de la metafísica? Nancy conoce, como quien no quiere la cosa ni la cosificación, los riesgos del tocar, ¿no cabe leer este fragmento como una advertencia paralela a la de Derrida? En su libro, Derrida le dice a él, a Nancy:

Y ahora, Jean-Luc, basta ya, desdícete, esa palabra está prohibida. ¿No lo comprendes? Déjala a los antepasados, no te comprometas con ella, no te dejes contaminar por ese *megalovirus*, nunca más te sirvas de ese vocabulario increíble, de ese concepto carente de correlato cierto [...]. No continúes, como ellos, fingiendo creer, deja de hacer como si quisieras hacernos creer que hay algo que se pueda llamar el tacto, una cosa incluso respecto de la cual pudiéramos fingir entendernos y decir algo allí mismo donde, en lo tocante a lo intocable, permanece intocable. El tacto es la finitud, y punto.²⁷

24 Esta «retirada» debe leerse al mismo tiempo como re-trazado (*re-trait*) y como retirada.

25 Tal vez se concentre en esta posible voluntad del toque la respuesta al riesgo que Derrida advierte en el tocar. Nancy «propone» su haptología y nos «tranquiliza» sobre sus posibles riesgos.

26 Nancy, J.-L.: *Noli me tangere*, ed. cit., pp. 79-80. Énfasis añadido.

27 Derrida, J.: *El tocar, Jean-Luc Nancy*, ed. cit., pp. 202-203.

Imaginemos que Nancy contestase:

–No toques ahí Jacques, tú sabes bien por qué. Sabes bien que no podrás evitar tocar en ese tema que, como tú bien sabes, no se debe tocar. Si acaso, toca apenas, tantea, pero luego deja espacio, aire, tantea, acaricia como mucho.

Nosotros, por nuestra parte, le recordaríamos a Derrida cierto fragmento hacia el final de *La escritura y la diferencia*:

[N]o tiene ningún sentido prescindir de los conceptos de la metafísica para hacer estremecer a la metafísica; no disponemos de ningún lenguaje –de ninguna sintaxis y de ningún léxico– que sea ajeno a esta historia; no podemos enunciar ninguna proposición destructiva que no haya tenido ya que deslizarse en la forma, en la lógica y los postulados implícitos de aquello mismo que aquélla querría cuestionar.²⁸

En nuestra conversación imaginada entre Derrida y Nancy se cruzan las advertencias. Ambas nos advierten de que no debemos tocar pero, ¿qué sería una advertencia? Advertimos para evitarle a alguien un peligro, es un aviso, no un rescate. La advertencia invita a la previsión, al cálculo de los riesgos. ¿Sería la advertencia una forma límite en la escritura de ambos filósofos, que les permite lidiar con el riesgo sin convertirlo en cálculo? Una forma que, en todo caso, parecería no cumplir más que consigo misma: «Confesar el riesgo aceptado, asumirlo sin vergüenza, no basta ciertamente para limitarlo»²⁹. Con este reconocimiento empezará Derrida su libro, libro que pedirá más adelante que sea borrado, olvidado. ¿De qué nos vale una advertencia que ni siquiera limita los riesgos? Tal vez sea una forma más de mantenerse en el umbral, pero la advertencia solo puede hacerse bajo la condición de algunos conocimientos previos. Digamos, pues, que es una formalidad del riesgo el recibir el aviso del otro cuando nos ve arriesgándonos, ¿no es la advertencia una forma de hacer al otro responsable de sus riesgos? Todo se juega de nuevo en lo que ya sabemos, pero si hay algo que desea la advertencia, es que lo malo del riesgo no se cumpla. ¿No sería éste el verdadero riesgo, quedarnos en ese umbral y que ni siquiera el error fuese posible? Derrida busca tocarlo a él, a Nancy, pero sabe que no puede ni debe, porque hay ahí la ley del tacto, que trazaría una ¿ética aporética? del tacto. Derrida sabe

28 Derrida, J.: “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, en *La escritura y la diferencia*. Trad. cast. de Patricio Peñalver. Barcelona, Anthropos, 1989, p. 386. Esta misma cita resuena al final de “Firma, acontecimiento, contexto”, donde Derrida, después de enunciar que «No hay concepto metafísico en sí mismo», reclama la necesidad de mantener el «viejo» nombre de escritura al nuevo concepto que se ha «encontrado», refiriendo, además, esa, llamémosla, *actitud*, como una forma de «mantener la estructura de injerto, el paso y la adherencia indispensable para una intervención efectiva en el campo histórico constituido» (Cf., Derrida, J.: *Márgenes – De la filosofía*. Trad. cast. de Carmen González. Madrid, Cátedra, 2013, p. 372). Dicho de forma simplificada, las deconstrucciones son dependientes de esa estructura de «nombres viejos», algo que se reitera a lo largo de toda la obra derridiana, con el caso particular que estamos exponiendo aquí respecto del tocar. En un debate que ya no podemos seguir aquí deberíamos detenernos un poco más en esa pregunta: ¿por qué usar las palabras viejas?

29 Derrida, J.: *El tocar*, Jean-Luc Nancy, ed. cit., p. 17.

que «nunca se toca más que un límite en el límite»³⁰. ¿No sería así la advertencia la forma limítrofe de escribir sobre el tocar que no sea ya, en la medida de lo posible, ese tocar apropiante, identificador, prohibido? Advertencia: paso detenido en el umbral. ¿Qué lugar ocupan las advertencias en la obra de Derrida? No podemos cuantificar los riesgos, pero son al menos once³¹ libros los que incluyen, siempre antes del texto que daría su sentido al título del libro, una «Advertencia» que funcionaría como prefacio del prefacio. ¿Qué tiempo es ese en el que se sitúan esas «Advertencias», en qué tiempo permanecen respecto del libro que anuncian? ¿Y cómo justificarlas en las traducciones de esos libros de los que Derrida, hasta donde pudo, se mantuvo informado³²? Algunas de estas advertencias, por ejemplo las de *Pasiones*, *Salvo el nombre* y *Khôra*, son idénticas³³; funcionan como una oportunidad de reorganización de la obra. ¿Es que no podían editar un libro ya terminado? Habríamos imaginado un libro cerrado, completo, pero sabemos que no existe tal cosa, que toda obra queda inacabada, entregada a la necesidad del suplemento. De *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*, extraemos estas palabras:

Suponiendo –cosa de la que no estoy nada seguro– que hubiera sido preciso correr todos los riesgos que implica improvisar semejantes afirmaciones en público, ¿acaso no hubiera sido mejor dejar que éstas, más allá del instante, alcanzasen después el silencio o el olvido?

No corregir un primer error es, al parecer, provocar un segundo error. ¿Acaso resultaba preciso entonces –cosa de la que tampoco estoy nada seguro– dejarnos convenir para fijar en un escrito esas palabras por un instante inermes?

Lo hecho hecho está, me dicen algunas voces amigas [...]. A partir de ahí, una sola regla: no hacer trampas, no cambiar nada de la transcripción literal, aun cuando cada frase me parece estar pidiendo a gritos un desarrollo más amplio, una explicación o una complicación, un análisis más demostrativo, un matiz, un refinamiento, a veces incluso una objeción a sí misma o un cierto distanciamiento. Y, sobre todo, un cambio de tono. Demasiado tarde.³⁴

30 *Op. cit.*, pp. 417-418.

31 No quisiera convertir esta nota en una reseña bibliográfica, por lo que me permito evitar la exhaustividad que me exigiría haber dado un número concreto de libros. Prefiero señalar, de todas esas «Advertencias», aquellas cuya advertencia desborda su función de adenda. Dos concretamente: la advertencia agregada con motivo de la publicación de la tesina sobre Husserl, un caso muy especial de auto-hetero-lectura en Derrida, J.: *El problema de la génesis en la filosofía de Husserl*. Trad. cast. de Javier Bassas. Salamanca, Sígueme, 2015, pp. 13-16; y la advertencia de *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*, que trataremos brevemente a continuación.

32 Un ejemplo notable de esta atención de Derrida a sus traducciones es la “Lettre à un ami japonais” (en Derrida, J.: *Psyché. Inventions de l'autre II*. París, Galilée, 2003, pp. 9-14).

33 Es, de hecho, gracias a esa «Advertencia» múltiple, y en ella, en su umbral, que se unirían esas tres obras en una sola; el libro intitulado *Ensayo sobre el nombre* solo sería posible fuera de sí mismo. Aprovecho la nota para remitir a “Fuera de libro (prefacios)” en *La diseminación*, donde Derrida trata la cuestión de los prefacios con una mayor profundidad (Cf., Derrida, J.: *La diseminación*, ed. cit., p. 67).

34 Derrida, J.: *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*. Trad. cast. de Cristina de Peretti y Paco Vidarte. Madrid, Trotta, 2001, p. 9.

Paso previo asediado por el por-venir que podría incluso no llegar, la «Advertencia» desborda así la temporalidad lineal del libro, lo muestra como tal im-presentable, como la huella que «es». Todas estas «Advertencias» se nos ofrecen como el lugar de una confesión previa: «He aquí que he tenido que poner por escrito lo siguiente, he necesitado la prótesis de la escritura». ¿No es esta una advertencia que va incluida en el mismo título de cada libro? Advertencia de algo que ya sabíamos, que ya no tiene sentido decir que es inevitable pero, ¿con qué seguridad diríamos algo como eso? ¿«Es» la advertencia una especie de *khôra* del libro?: «Todo el *Timeo* está *escandido* [otra vez el escándalo, la interrupción y la fisura del riesgo] por vueltas atrás. Su tiempo propio es articulado por movimientos que retoman aún más atrás las cosas ya tratadas antes»³⁵. Estando fuera-del-libro ante su umbral, saca de quicio la sincronía de las partes del mismo libro que anuncia. Lo que Derrida escribió sobre la *khôra* ofrece un eco para lo que intentamos pensar aquí sobre estas «Advertencias»:

Khôra marca un sitio aparte, el espaciamento que guarda una relación disimétrica con todo lo que «en ella», a su lado o además de ella, parece hacer pareja con ella [...]. Pre-originaria, *antes* y fuera de toda generación, ni siquiera tiene ya el sentido de un pasado, de un presente pasado. *Antes* no significa ninguna anterioridad temporal. La relación de independencia, la no-relación, se parece más a la del intervalo o el espaciamento con respecto a lo que se aloja en él para ser por él recibido.³⁶

Una «Advertencia» así solo puede restar como huella, de sí misma y de las huellas escritas que prometería acoger. Una página más adelante Derrida habla del riesgo de lidiar con un «pre-origen» como éste, elogia el motivo del riesgo y conmina a arriesgarse, al tiempo que reduce la negatividad del riesgo:

Volvamos con anterioridad al discurso seguro de la filosofía que procede por oposiciones de principio y cuenta con el origen como una *pareja normal*. Debemos retroceder hacia un pre-origen que nos priva de esa seguridad y que exija al mismo tiempo un discurso filosófico impuro, amenazado, bastardo, híbrido. Estos rasgos no son negativos.³⁷

¿Cómo nos atreveríamos a decir, a arriesgar, que estas advertencias empiezan a parecerse a algo así como a una archihuella? En *De la gramatología*, otro libro con «Advertencia», leemos al respecto de la huella:

La huella no solo es la desaparición del origen; quiere decir aquí [...] que el origen ni siquiera ha desaparecido, que nunca fue constituido salvo, en un movimiento retroactivo, por un no-origen, la huella, que deviene así el origen del origen. [...] [P]ara sacar el concepto de huella del esquema clásico que lo haría derivar de una presencia o de una no-huella originaria y que lo convertiría en una marca empírica,

35 Derrida, J.: *Khôra*. Trad. cast. de Horacio Pons. Buenos Aires, Amorrortu, 2011, p. 81.

36 *Op. cit.*, pp. 80-81.

37 *Op. cit.*, p. 82.

es completamente necesario hablar de huella originaria o archihuella. No obstante sabemos que este concepto destruye su nombre y que, si todo compieza por la huella, no hay sobre todo huella originaria.³⁸

Derrida plantea que necesita usar un nombre, o un concepto, pero que si llegase a usarlo con todas sus consecuencias, se autodestruiría, acabaría incluso con el párrafo precedente; hace falta, pues, una interrupción, un tiempo diferido. Derrida sostiene que Nancy es un apostador, que se lo juega todo con ese tocar, y digamos que él mismo sabe muy bien lo que «es» jugárselo todo de esa manera. Las advertencias, dijimos, se hacen porque uno cree saber lo que podría ocurrirle al otro, ¿empatía? Quizás cierto reconocimiento, cierto re-trato parecería jugarse en una advertencia en la que se habla de la imposibilidad de limitar los riesgos, por mucho que advirtamos.

La advertencia re-trata la responsabilidad. ¿*Dónde* podríamos hablar de la responsabilidad del que escribe sobre la responsabilidad? Se trata, pues, de lo que ya sabemos, de lo que sabemos que el otro no sabe antes de abrir el libro. Solo advertimos cuando creemos que el otro no sabe, de la misma forma advierte Derrida sobre el tocar, ya que *parece* que Nancy no sabe lo que se juega. Así, *El tocar...* sería una obra sobre el no-saber de un corpus teórico que, al tratar de forma marginalmente precisa sobre el tocar, trataría también de un corpus sobre el saber, la posibilidad de saber algo, algo en cuanto que algo, si es que ese algo «es» una cosa o «es» otra; una idea, una piedra, la cenestesia o un beso. ¿Cómo podríamos decir que un libro sobre el no-saber *en* el saber «es» un libro sobre el saber? ¿*Qué* es lo que sabe un saber como ese? En una proposición agónica diríamos que sabe diferenciar, introducir la diferencia en ese corpus de saber(es). Derrida insiste en que quiere intentar «tocarlo a él». Pero tocarlo, ¿cómo?, ¿tocarlo con ese tocar proscrito o tocarlo como el toque que Cristo resucitado pide a María Magdalena? La diferencia es significativa, y permitiéndonos bordear aquí la cuestión de cierta penetración en el corpus, una pregunta como ésta nos remite de nuevo al conocimiento de sí mismo de un corpus, en este caso, de un corpus teórico, de algo que sería una forma tal vez paródica de las ubiestesias hápticas husserlianas.

¿Hasta dónde se conoce a sí mismo el autor cuando escribe «aplicándose a sí mismo»? ¿No es esa la pregunta resonante en esas dudas –tan rigurosas como reiterativas– que plantea Derrida sobre el conocimiento por parte de Nancy de las consecuencias del tocar? Duda Derrida de que Nancy escriba a sabiendas de los riesgos del tocar, y dudamos nosotros de que Derrida escriba a sabiendas... ¿de qué? ¿De que debe tocar sin pasarse, sin reapropiarse del corpus nancyano en ese mismo toque? ¿De que no tiene sentido prescindir de «la» metafísica y sus «antiguos nombres», como repite varias veces a lo largo de su obra precedente? ¿De que sabe perfectamente que «el tocar» en el corpus nancyano no incurre en las violencias y reapropiaciones del haptocentrismo? Quizás nos contestaría Derrida desde uno de los márgenes de *Glac*: «Lo que a mí me interesa es hacer la prueba, no el éxito ni el fracaso. El círculo no es practicable; ni evitable»³⁹. ¿Qué es lo que se pone a prueba cuando Derrida pone a prueba la obra de otro corpus teórico? En una respuesta que no intenta cum-

38 Derrida, J.: *De la gramatología*, ed. cit., p. 80.

39 Derrida, J.: *Clamor*. Trad. cast. coord. por Cristina de Peretti y Luis Ferrero. Madrid, La Oficina, 2015, p. 26 (col. Hegel).

plir decididamente con ese «*noli me tangere*», diríamos que se pone a prueba el círculo: la capacidad de un saber sobre lo no presentable de intentar tantear algo no presentable de «forma» no presentable. Quizás esta cita de *Aporías* nos ayude a navegar entre estos riesgos:

[U]n deber como *sobre-deber* cuya *hybris* y desmesura esencial deben dictar que se transgreda no solo la acción *conforme al deber* [...] sino también la acción *por deber* [...]. Ese sobre-deber que debe ser el deber ordena que se actúe sin deber, sin regla o sin norma [...]; de otro modo, se corre el riesgo de ver que la decisión así llamada responsable se vuelve a convertir en el mero desarrollo técnico de un concepto y, por consiguiente, de un saber presentable. Para ser responsable y verdaderamente decisoria, una decisión no debe limitarse a poner en marcha un saber determinable o determinante, la consecuencia de algún orden preestablecido. Pero, a la inversa, ¿quién llamará decisión a una decisión sin regla, sin norma, sin ley determinable o determinada?, ¿y quién responderá de ella, y ante quién, como una decisión responsable? ¿Quién se atreverá a llamar deber a un deber que no debe nada o, mejor o peor, que *debe no deber nada*? Es preciso, pues, que se tome la decisión, así como su responsabilidad, interrumpiendo la relación con cualquier determinación *presentable*, pero manteniendo al tiempo una relación presentable con la interrupción y con lo que ésta interrumpe. [...] ¿Es posible dado que la interrupción siempre se parece a la marca de una linde fronteriza, de un umbral que no hay que traspasar? Esta formulación de la paradoja y de lo imposible reclama, pues, una figura semejante a una estructura de la temporalidad, a una disociación instantánea del presente, a una *différance* en el ser consigo del presente [...]⁴⁰

De un Derrida que proscribe el tocar a otro Derrida que prescribe la paradoja, otra vez una especie de ética aporética de la estrategia, o «táctica ciega», de las deconstrucciones. ¿Se mantiene conforme a esta prescripción la responsabilidad de Derrida en *su* libro sobre el tocar y Nancy? ¿Podríamos llegar a saberlo? Si hay algo que podemos llegar a saber con esta cita es que Derrida conoce muy bien los riesgos, es ese conocimiento lo que justifica su advertencia, pues solo advertimos sobre la base de lo que sabemos y de lo que creemos que no sabe el otro. ¿No hay ahí un primer toque, uno como los que Derrida querría evitar, y que descubre en los toques de Husserl, Merleau-Ponty, Heidegger o Lévinas? Cuando Derrida llama a no confiar el tocar al lenguaje, su mención al supuesto no saber de Nancy (que debería ser intocable, que marcaría uno de los tantos límites plegados que ese toque solo debería rozar) adquiere tintes paternalistas (más adelante, Derrida dirá que Nancy no tiene nada que aprender de él, tal vez disculpando o reduciendo esa marca paternal). Para intentar no tocar, no demasiado, para no penetrar en Nancy como sí quiso penetrar en Hegel, Derrida penetra primero en lo que Nancy no sabría. Un movimiento *aparentemente* similar al que Merleau-Ponty introducía en la reapropiación originaria del otro en la intuición del propio cuerpo en la intropatía; Derrida toca en algo que debería restar inaccesible al advertir a Nancy solo sobre la base de lo que él sabe sobre los riesgos de las palabras de la tradición

40 Derrida, J.: *Aporías*, ed. cit., pp. 36-37.

onto-teo-teleológica⁴¹, y que *parece* que Nancy no conoce. Incluso queriendo tocar de otra forma, manteniendo inaccesible lo intocable, Derrida *parecería* caer en la trampa del tocar⁴², del saber que involucra el tocar, que siempre le quita al otro la frontera de su otredad para constituir un saber como certeza de lo presentable. Y si hay algo que parece presentarse en el libro es esa forma de arriesgarse de Nancy, que se arriesgaría sin saber de veras lo que hace, cuando Derrida, que sabe mucho sobre estos riesgos, acusa una apuesta desesperada por el tocar, que terminaría situándolo en un más-allá que multiplica la problemática, al situarlo en una «post-deconstrucción».

¿Cuál es ahora la moneda falsa? La duda que, ateniéndonos a nuestro recorrido, debería quedar irresoluble es si Derrida toca de esta manera a sabiendas de que no debe tocar demasiado. Veamos con un ejemplo este saber sobre el deber aporético del tocar. Al analizar el «momento introyectivo» (que Merleau-Ponty desarrolla como un toque que invade la inaccesibilidad del otro) Derrida plantea una «corrección» de ese momento orientada hacia lo intocable del otro, su misma otredad, que debe mantenerse inaccesible. Esa «corrección» puede considerarse como uno de los mejores ejemplos de un tocar propiamente derridiano (y que, diríamos aquí, hace *partage*):

Sé o siento que hay *otro* aquí, en efecto [...], otro aquí de un tocante-tocado (apartado él mismo de sí mismo hasta en la presentación de su presente, por el tiempo de su experiencia y por el simple apartamiento, por la no-coincidencia sincopada de su relación consigo), pero este otro «aquí» se presenta como aquello que nunca será lo mío, no-miedad (*non-mienneté*) que forma parte del sentido de esa representación, la cual, como la mía propia, sufre ya de la «misma» expropiación [¿No son precisamente estas comillas las que muestran el extremo cuidado con el que Derrida tantea la cuestión de la introyección, y hace de la introyección un tanteo?]. Sin sustitución posible; y la lógica más sorprendente de la sustitución, donde quiera que necesariamente opere, supondrá la sustitución de los no-sustituibles, de los únicos y de los otros, de los únicamente otros.⁴³

41 Este «saber» lo señala el mismo Derrida como una de sus diferencias con Nancy y, en el debate sobre el comunitarismo, respecto a Bataille, Blanchot y Nancy otra vez (Cf., Derrida, J.: *Políticas de la amistad*. Trad. cast. de Patricio Peñalver y Paco Vidarte. Madrid, Trotta, 1998, p. 99). En cuanto a la diferencia entre ambos, aprovecho la nota para citar este fragmento de un diálogo entre ellos, una intervención de Derrida: «[E]n lo que se refiere a la cuestión de una posible diferencia entre Jean-Luc y yo –diferencia que no es tanto, como bien saben los que nos honran leyéndonos, una diferencia de posición o de tesis filosófica, cuanto una diferencia en la manera de hacer, en el modo, una diferencia de cuerpo, justamente, de carne, de estilo, de gesto–, mi sentimiento es que yo me encuentro ante la tradición, con todas esas palabras, como una mosca que habría comprendido el peligro. [...] Pues bien, ante todos esos grandes conceptos filosóficos de la tradición que Jean-Luc vuelve a tratar de forma incomparable, yo siempre he tenido el reflejo de huir, como si fuese, al primer contacto, al *nombrar* tan solo estos conceptos, a encontrarme, como la mosca, con las patas pegadas: cautivo, paralizado, como un rehén, atrapado por un programa.» (Derrida, J. y Nancy, J.-L.: “Diálogo entre Jacques Derrida y Jean-Luc Nancy”, ed. cit., p. 29).

42 Decimos que *parece* que Derrida cae en la trampa, cuando quizás el objetivo de Derrida es mostrar ese riesgo en acto, tal vez dejándose contaminar por el tocar, o fingiendo esa caída.

43 Derrida, J.: *El tocar, Jean-Luc Nancy*, ed. cit., p. 276. ¿Podríamos permitirnos leer este relato fenomenológico como el momento previo a la advertencia del riesgo, como ese momento previo a advertir al otro, advertirlo porque parece que el otro no sabe lo dice o hace?

No limitemos nuestra lectura, no hay razón de peso para escoger solo una vertiente. En otro pliegue, marcado por la ofrenda que Derrida dice querer hacer a su amigo, leeríamos *El tocar...* como un enorme tratado sobre la ecotecnia, la contaminación, la auto-inmunidad⁴⁴ y el parasitismo («el tocar ante todo es local, modal, fractal»⁴⁵). Se trataría de un libro en el que Derrida, a la vez a sabiendas pero también como quien no quiere la cosa, se habría dejado contaminar por ese *megalovirus* incluso al mismo tiempo que presentaba la deconstrucción de buena parte de su código genético. El gesto mínimo de esa contaminación sería ese toque en el no saber de Nancy, toque que hace inevitable la advertencia del riesgo y que escenifica la aporía del tocar: no tocar nunca más allá del límite, aunque sea inevitable. La responsabilidad en un movimiento como este podríamos retratarla con esta cita de *Dar la muerte*:

Soy responsable ante el otro en cuanto que otro, le respondo y respondo ante él. Pero, por supuesto, lo que me vincula así, en mi singularidad, con la singularidad absoluta del otro me arroja inmediatamente al espacio o al riesgo del sacrificio absoluto. [...] No puedo responder a la llamada, a la petición, a la obligación, ni siquiera al amor de otro, sin sacrificarle otro otro, otros otros. *Cualquier/radicalmente otro es cualquier/radicalmente otro*. Los simples conceptos de alteridad y de singularidad son constitutivos tanto del concepto de deber como del de responsabilidad. Consagran *a priori* los conceptos de responsabilidad, decisión o deber, a la paradoja, al escándalo o a la aporía. La paradoja, el escándalo y la aporía no son otra cosa que el sacrificio: la exposición del pensamiento conceptual a su límite, a su muerte y finitud.⁴⁶

Volvamos a la escena ficticia que intentamos retratar. En este juego de toques que solo deberían tocar bordes, Nancy cumple su papel en *Noli me tangere*, desde el título, reclamando que no se lo toque demasiado, evitando un toque reapropiador. En esta parodia que imaginamos, Nancy *revenant* pide a Derrida que no le toque, justo antes de que éste lo toque, igual que Cristo ante María Magdalena. Parece que Nancy ve sus intenciones, y justo antes de que se cumpla la advertencia de uno, el otro, siempre el otro, le diría, también como una advertencia: no me toques, no quieras tocarme. Y como nosotros estamos detrás de estas marionetas, hacemos que Nancy diga: «El tocar que buscas no debe decir “voy”, debe decir “ven”»⁴⁷.

44 Kas Saghafi en “Safe Intact: Derrida, Nancy and ‘The Deconstruction of Christianity’”, concentra su lectura en los términos *Safe* (seguro, a salvo) e *Intact* (indemne, también *Heilig*), para comprender y trazar las diferencias entre ambos hacia una deconstrucción, si es que la hay, del cristianismo (Cf., Saghafi, K.: “Safe Intact: Derrida, Nancy and ‘The Deconstruction of Christianity’”, en Zeynep, D. y Lawlor, L. (eds.): *A Companion to Derrida*. West Sussex, Wiley y Blackwell Publishing, 2014, pp. 447-463).

45 Nancy, J.-L.: *Corpus*. Trad. cast. de Patricio Bulnes. Madrid, Arena libros, 2003, p.68.

46 Derrida, J.: *Dar la muerte*, ed. cit., p. 70. Si todavía hay un debate sobre los «límites» de la deconstrucción, tal vez ésta sea una de las citas más importantes, o al menos de las pocas que recuerdan eso que ya citábamos al respecto del riesgo en *De la gramatología*: la archihuella destruiría su propio nombre.

47 ¿No es esa diferencia, precisamente, lo que se marca en la aclaración entre paréntesis que encontramos, por ejemplo, en “Paso suspendido”, en *El sentido del mundo?*: «el pensamiento se emplea en tocar (en ser tocado por) lo que para él no es un “contenido” sino su *cuerpo...*» (Nancy, J.-L.: *El sentido del mundo*. Trad. cast. de Jorge Manuel Casas. Buenos Aires, La Marca editora, 2003, p. 26). Tal vez sea posible leer a partir de esa diferencia el «*Tocarse tú* (y no “uno mismo”)» que, además, descarta la posibilidad de una autoafección (Cf., Nancy, J.-L.: *Corpus*, ed. cit., p. 33).

En esta lectura paralela y en la fractalidad de las lecturas posibles de «el tocar», éste debe quedar capturado en la metafísica intuicionista y haptocéntrica: debemos asumir ese tocar que toca demasiado, igual que asumimos las palabras de la metafísica para mostrar a través de ellas (en esa «falla» que permitiría entrever algo más allá de la clausura), su propia deconstrucción (aunque tendríamos que asumir también la precariedad de esa relación de propiedad entre el término y «su» deconstrucción). Hay ahí la ley del tacto: hay que asumir el tacto (re)apropiador para dejarlo deconstruirse. El tocar «es» lo que pone a prueba lo que entendemos por responsabilidad, sobre todo cómo tratar, cómo hablar de una responsabilidad que pueda orientarnos «sin pasarse», como diríamos coloquialmente. ¿Cómo desarrollar una responsabilidad en esa habitabilidad en la clausura de la metafísica? Debe involucrar el riesgo, Derrida habla de una «orientación sin un saber determinante de regla» hacia el final de *Canallas*, y esa orientación debe incluir el momento de una interrupción absoluta, el momento de una *différance*, y ello –Derrida dice ser muy consciente– entraña un «riesgo muy grave»⁴⁸. Aquí nosotros podríamos decir, salvando las diferencias de estilo, de tiempo y de cuerpo, que estamos de acuerdo. Sin embargo, vuelve una pregunta con ganas de síntesis: ¿qué diferencia habría entre ese riesgo que Derrida siempre sitúa en los momentos claves de sus aporías y el riesgo que ve, para nuestro caso, en Nancy? ¿Por qué el riesgo, llamémoslo, derridiano⁴⁹, sí es capaz de mostrarse algo más ambivalente, cuando el riesgo, en este caso nancyano, parecería condenado al fracaso? ¿Son todos los riesgos iguales? El riesgo del tocar: entrever un toque no apropiador y contaminarse con su *megalovirus* haptologo-falo-céntrico; *double bind*.

El tocar, Jean-Luc Nancy, como Derrida mismo lo indica, es un texto en varios tiempos. Esos distintos tiempos marcan algo más que un estilo o una temática en cada una de sus partes; hay diferentes versiones de Derrida en un mismo libro: por un momento sistemático y pormenorizado, otras veces casi imbuido por esa diferencia de estilo que caracteriza a Nancy. Hay también una diferencia de tono, fragmentos que casi parecen exculpatorios, justo en ese punto límite de la responsabilidad, donde no se puede responder de nada, donde se anuncia precisamente toda responsabilidad⁵⁰. En ese tono leemos, por ejemplo, al principio del libro:

¿Cómo haberse pasado una vida con palabras tan señaladas, indispensables, pero inexactas? ¿Con palabras de las que es bien preciso confesar, pero eximiéndose de toda verdadera culpa a su respecto, que jamás entendió uno nada? ¿Es culpa mía si estas palabras no tuvieron nunca ningún sentido, quiero decir ningún sentido *exacto*,

48 Derrida, J.: *Canallas*, ed. cit., p. 173.

49 He encontrado numerosas ocasiones del «riesgo» en la obra de Derrida que requerirían una mención interminable, pero para no cansar al lector, prefiero remitirlo a dos interesantes artículos del *Companion to Derrida* de Blackwell, en los que se trata de forma bastante precisa la cuestión del riesgo en Derrida. Se trata de los artículos de Geoffrey Bennington, “Metaphor and Analogy in Derrida” (en Zeynep, D. y Lawlor, L. (eds.): *A Companion to Derrida*, ed. cit., especialmente pp. 93-94); y de Kelly Oliver, “The ‘Slow and Differentiated’ Machinations of Deconstructive Ethics”, del cual querría aprovechar para citar un fragmento que nos interesa aquí: «los movimientos de esta máquina ([la] deconstrucción) son siempre precarios y arriesgados, ya que al mismo tiempo que la maquinaria deconstructiva apunta hacia conceptos como justicia, libertad y democracia, también apunta hacia sí misma. Derrida articula este riesgo como *double bind*, la retorcida, enmarañada y desveladora maquinaria de la deconstrucción» (pp. 114-115).

50 Derrida, J.: *Políticas de la amistad*, ed. cit., p. 89.

seguro o tranquilizador para mí, ningún valor confiable[...]? La diferencia está en que jamás he podido ni osado tocar [...], [...] en cuanto a las grandes palabras [...], sueño con que una estadística me revele algún día cuántas veces me serví de ellas públicamente sin confesar que no solo no estaba seguro de su sentido *exacto* [...], sino que estaba más o menos seguro de que lo mismo le sucedía a todo el mundo...⁵¹

¿Cómo entender ese no tocar en las grandes palabras sino bajo la figura de esa inocencia que Derrida parece adscribir a Nancy en su tocar? Si hay un tocar *en* Derrida, está en citas como ésta, que describen un tanteo siempre arriesgado, que cree conocer algunos de los riesgos de esas grandes palabras, pero que sabe que no se puede querer saberlo todo, pues entonces no iríamos en la senda del riesgo, sino del camino prefijado.

«Precipitémonos hacia el final». Apenas unas páginas antes de saludar sin salvación a su amigo, Derrida deja el libro en una suspensión que quizás sea el único gesto que haga justicia con el tocar que quiere situar en su fuero interno:

Precipitémonos hacia el final, recapitulemos. Pido sinceramente que se olvide o borre ahora este libro, y lo pido como no lo habría hecho, no con tanta sinceridad, respecto de otro de mis libros. Que se borre todo y se comience o recomience a leerlo, a él, a Nancy, en su *Corpus*.⁵²

A partir de esta cita debemos mantenernos muy cercanos al texto, pues se trata de Derrida tanteando el modo de ofrecer una explicación de lo que ha publicado a pesar de haber pedido que se borre:

Mi ofrenda debería, pues, tocarlo, a mi amigo, me decía yo, tocando al mismo tiempo en esa temática, en esa onto-lógica [...], de forma a la vez necesaria y contingente. *Necesaria*, es decir, *pertinente*. [...] Una pertinencia no deja de tocar en el objeto, lo cual es, a un tiempo, riesgoso y suficiente («¡Sé de lo que hablo!»), arrogante, descortés, impertinente. *Contingente* también, por cuanto yo, ser finito, quisiera tocarlo a él y no a otro, a Jean-Luc Nancy, en su singularidad, en la singularidad, *hic et nunc*, de su cuerpo.⁵³

En ese doble gesto Derrida reconoce ya el *double bind* del tocar, la imposibilidad de hablar del tocar sin caer en la haptología, sin tocar demasiado aunque solo sea para tocar un poco. A veces hace falta incluso ser impertinente, aunque solo sea para llegar a la conclusión más derridiana, si cabe decirlo así, de todo el libro: «siempre nos faltará el metalenguaje para decir lo que fuere del tocar, de algo tocante o tocable que no sea acogido de antemano por la piel»⁵⁴.

51 Derrida, J.: *El tocar, Jean-Luc Nancy*, ed. cit., p. 27. Trad. modificada.

52 *Op. cit.*, p. 425.

53 Derrida, J.: *El tocar, Jean-Luc Nancy*, ed. cit., p. 426.

54 Ídem. Léase esta cita en paralelo con otra de *La diseminación*: «Existirá siempre un riesgo, ciertamente, al hacer trabajar, e incluso al dejar circular los antiguos nombres: el de una instalación, incluso de una regresión a, en el sistema deconstruido o en curso de deconstrucción. Y negar este riesgo sería ya confirmarlo...» (Cf., Derrida, J.: *La diseminación*, ed. cit., p. 10).

Derrida vuelve a recapitular su proyecto: «Entonces: ¿cómo tocarlo, a él, hablando del tocar, del tacto, de “el tacto” (que no hay)? ¿Cómo esperar alcanzarlo de manera a la vez pertinente, pero no sin tacto, y contingente, pero no arbitraria? [...] ¿y cómo hacerlo de manera adecuada, tocando en él sin tocar demasiado, observando los límites de la decencia, del deber, de la urbanidad (de la amistad)? [...] Como buen ciego, me orienté hacia el tocar...»⁵⁵. Derrida ya no sabe qué hacer, ni con su libro, ni con su objetivo. Detenido en el umbral de una decisión que debería (no) tomar, arriesga al límite una conclusión: seguir a Nancy cuando, para evitar los riesgos de la reapropiación del tocar (pero, ¿cabría decir que son los «mismos» riesgos del discurso deconstructivo?), «nos convoca a lo intocable del tocar»⁵⁶. Lo intocable del tocar, ¿dónde está eso en un cuerpo? Y más aún, ¿deberíamos saberlo? Si tuviésemos que imaginar una respuesta de Nancy a esta pregunta, parece cada vez más probable que nos invitase a no tocar, acariciar a lo sumo eso intocable en el tocar. ¿No acaricia Derrida muchas veces lo intocable? ¿No es una caricia que no toca demasiado una entrevisión de la falla en la clausura de la época histórico-metafísica, justo en ese borde del porvenir que solo puede anticiparse como un peligro absoluto para el cual no existe exergo?⁵⁷ «Tu escritura no cura más que el síntoma, decía ya el rey...»⁵⁸; hay que ser capaces de repetir esta cita, para comprender lo que el rey no entendió, lo que puede hacer una caricia a la autoridad del logos, y el riesgo que existe en un gesto como ese.

¿Qué es lo que comprendió Derrida al encomendarse él también a lo intocable en el tocar? Algo se derrumbó en su fuero interno, así considera su ofrenda a Nancy:

¡Cuánto esfuerzo inútil! ¿Qué hacer? ¿Callarse otra vez? He decidido no renunciar. Al menos de este modo le testimoniaría, me dije, tanto mi valentía como mi humildad al intentar tocarlo, al intentar el tocar, sabiendo que él lo esperaba y que nos esperaríamos ya y que él no tiene nada más que tomar ni que aprender de mí...⁵⁹

¿Qué es lo que resta de *El tocar...*? Diremos, arriesgando al límite del texto y del libro: el intento, resta el intento de la caricia, del toque, del riesgo. ¿No es eso lo que siempre resta, el intento? ¿Cómo debe restar un intento? Recordemos la «Advertencia» de *¡Palabra!*..., el intento debe restar lo más fiel posible, no hacer «trampas» ni cambiar nada del intento. Habrá que situar con un peligroso quizás nuestra propuesta: quizás solo así el libro de Derrida cumple con su anhelo de tocar sin tocar demasiado, al fin y al cabo solo puede restar como tanteo. Tal vez así *El tocar...* puede ser un libro sobre el tacto que tenga tacto, pertinente y contingente, pero arriesgado, siempre bajo la figura del riesgo como estructura o como condición de imposibilidad del tanteo. Luego de este arrepentimiento y salvación, Derrida vuelve a la carga. Abandona el tono exculpatorio y se ocupa de la deconstrucción del cristianismo, señalando –en un gesto que Nancy definirá como «escepticismo rabínico»– sus sospechas ante la posibilidad de una salida no cristiana del cristianismo. Luego de un breve comentario sobre este proyecto nancyano, encontramos tres ocurrencias del riesgo

55 Derrida, J.: *El tocar, Jean-Luc Nancy*, ed. cit., p. 427. Trad. modificada.

56 *Op. cit.*, p. 430.

57 Derrida, J.: *De la gramatología*, ed. cit., pp. 9-10.

58 Derrida, J.: *La diseminación*, ed. cit., p. 165.

59 Derrida, J.: *El tocar, Jean-Luc Nancy*, ed. cit., p. 430.

que, si bien no querríamos que resten como confirmaciones de la lectura planteada aquí, sí creemos que son las ocurrencias de esta palabra más cercanas a la ambivalencia aporética que presenta el riesgo en las obras de Derrida que hemos tratado.

Al considerar la diferencia entre los «no hay “el/la”...» que suelen encontrarse en la escritura nancyana, frente a la contrapropuesta derridiana de optar por una formulación más ambivalente si cabe («si “lo/la” hay...»), Derrida señala un riesgo, que nos llevará a reflexionar sobre la paciencia y el aguante de la escritura en deconstrucción:

Desde el momento en que en la lengua o en el discurso no hay «el» (esto o aquello, *el* cuerpo o *el* tacto, por ejemplo), se corre el riesgo de no saber ya de qué se habla, en verdad. Ni a quién. Este riesgo, es cierto, nunca estará excluido. Aquí mismo y en lo que acaban ustedes de leer, al menos si han podido llegar hasta aquí. Contra esto, no hay seguridad que valga, no hay certeza que *aguante*.⁶⁰

¿No sería el verdadero peligro, precisamente, una certeza que aguante, no es el momento mismo de la certeza, aquel en el que nos arriesgamos al mayor crimen? Ante la necesidad de evitar esas seguridades, Derrida reivindica el tanteo y se entrega, él también, a un peligroso quizá:

Sin un saber que aguante, es preciso *quizá* probar, tal es la singularidad de lo singular. Ahora bien, lo singular no está ni debe ser asegurado. Debe ser *corrido*, como una oportunidad o un riesgo.⁶¹

La filosofía retratada como un riesgo, como un intento exasperado, como un tanteo que solo expuesto al fracaso se abre lo suficiente como para, por ejemplo, entrever algo en la falla de la metafísica, o para intentar una caricia que toque en lo intocable sin invadir su otredad. Ante esto, entonces, un riesgo todavía mayor, uno que ya hemos citado: «El riesgo más grande se corre en el momento mismo en el cual hay que intentar *saber*»⁶². Después de esto solo nos queda la advertencia («No confiar nunca en la lengua»), y un saludo sin salvación, solo por venir, al amigo que, más tarde, pedirá caricias antes que toques. Todavía más tarde, en “Derrida da capo”, será Nancy el que reconozca en su amigo al apostador irredimible que habrá sido, y hablando de su amor por las aporías y de la responsabilidad que exigen, dirá:

[E]videntemente existe un riesgo y falta de seguridad. Derrida habrá sido el pensador de lo «indecidible» porque pretendió anular en su pensamiento la retirada original del origen [...]. Con estas condiciones, la decisión adquiere su peso y su precio irremplazables. En un sentido Derrida dice «¡Ven!» a la metafísica misma. [...] Él no dejó nunca de enviarse a él mismo, incondicionalmente, generosamente, con obstinación, con prodigalidad desconsiderada, excesivamente, imprudentemente...⁶³

60 Derrida, J.: *El tocar*, Jean-Luc Nancy, ed. cit., p. 434.

61 Ídem.

62 *Op. cit.*, p. 435.

63 Nancy, J.-L.: “Derrida da capo”, en Derrida, J.: *Cada vez única, el fin del mundo*. Trad. cast. de Manuel Arranz. Valencia, Pre-textos, 2005, pp. 295-297. Trad. modificada.

Referencias

- Aubenque, P. (2012): *¿Hay que deconstruir la metafísica?* Trad. cast. de Jesús Ayuso. Madrid, Encuentro.
- Epalza, M. (1989): “Nota sobre la etimología árabe-islámica de ‘Riesgo’” en *Sharq Al-Andalus: Estudios Mudéjares y Moriscos* (Alicante) nº6, 1989, pp. 185-192.
- Derrida, J. (1989): *La escritura y la diferencia*. Trad. cast. de Patricio Peñalver. Barcelona, Anthropos.
- Derrida, J. (1994): *Dar (el) tiempo*. Trad. cast., C. de Peretti. Barcelona, Paidós.
- Derrida, J. (1998a): *Políticas de la amistad*. Trad. cast. de Patricio Peñalver y Paco Vidarte. Madrid, Trotta.
- Derrida, J. (1998b): *Aporías. Morir –esperarse (en) los «límites de la verdad»*. Trad. cast. de Cristina de Peretti. Barcelona, Paidós.
- Derrida, J. (2001): *¿Palabra! Instantáneas filosóficas*. Trad. cast. de Cristina de Peretti y Paco Vidarte. Madrid, Trotta.
- Derrida, J. (2003): *Psyché. Inventiones de l'autre II*. París, Galilée.
- Derrida, J. (2005): *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*. Trad. cast. de Cristina de Peretti. Madrid, Trotta.
- Derrida, J. y Nancy, J.-L. (2005): “Diálogo entre Jacques Derrida y Jean-Luc Nancy”. Trad. cast. de Cristina de Peretti. En *Anthropos* (Barcelona) nº 205 (Monográfico sobre Jean-Luc Nancy).
- Derrida, J. (2007): *La diseminación*. Trad. cast. de José María Arancibia. Madrid, Fundamentos.
- Derrida, J. (2011a): *El tocar, Jean-Luc Nancy*. Trad. cast. de Irene Agoff. Buenos Aires, Amorrortu.
- Derrida, J. (2011b): *Khôra*. Trad. cast. de Horacio Pons. Buenos Aires, Amorrortu.
- Derrida, J. (2013): *Márgenes – De la filosofía*. Trad. cast. de Carmen González. Madrid, Cátedra.
- Derrida, J. (2012): *De la gramatología*. Trad. cast. de Óscar del Barco. México D. F., Siglo XXI.
- Derrida, J. (2015a): *El problema de la génesis en la filosofía de Husserl*. Trad. cast. de Javier Bassas. Salamanca, Sígueme.
- Derrida, J. (2015b): *Clamor*. Trad. cast. coord. por Cristina de Peretti y Luis Ferrero. Madrid, La Oficina.
- Husserl, E. (2005): *Ideas relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica*. Libro segundo, Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución. Trad. cast. de Antonio Zirión. México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- Nancy, J.-L. (2003a): *El sentido del mundo*. Trad. cast. de Jorge Manuel Casas. Buenos Aires, La Marca editora.
- Nancy, J.-L. (2003b): *Corpus*. Trad. cast. de Patricio Bulnes. Madrid, Arena libros.
- Nancy, J.-L. (2005): “Derrida da capo”, en Derrida, J.: *Cada vez única, el fin del mundo*. Trad. cast. de Manuel Arranz. Valencia, Pre-textos.
- Nancy, J.-L. (2006): *Noli me tangere. Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo*. Trad. cast. de María Tabuyo y Agustín Gómez. Madrid, Trotta.

- Nancy, J.-L. (2013): *La partición de las voces*. Trad. cast. de Cristina Rodríguez Marciel y Jordi Massó. Madrid, Avarigani.
- Stiegler, B. (2015): *Lo que hace que la vida merezca la pena de ser vivida. De la farmacología*. Trad. cast. de Nadia Cortés. Madrid, Avarigani.
- Zeynep, D. y Lawlor, L. (eds.) (2014): *A Companion to Derrida*. West Sussex, Wiley y Blackwell Publishing.

